

LA SEÑAL DIVINA

“La Señal, Yo la daré en ti”.

«Por el fruto se conoce el árbol». A la luz de este principio evangélico salido de los labios de la Sabiduría Divina, es como se mide toda virtud y como se confirma en la tierra toda acción sobrenatural. Respondiendo un día a una instante y secreta oración de los directores de Josefa, inspirada por la duda, decía el Señor a la humilde hermana que no sospechaba estas plerplejidades: —«Que no Me pidan más señales, Josefa, la señal la daré en ti».— Respuesta divina, que debía en efecto realizarse día tras día, imprimiendo en los cuatro años de esta corta vida religiosa una marca que parece no poder engañar.

La señal divina fué primero visible en la sencillez de niña que la hizo entrar, como naturalmente en el Reino de Dios. Fué una de esas almas muy pequeñas que encantan el Corazón del Rey del Cielo y que son aptas para descubrir sus secretos. Se ignoraba a sí misma, dócil y confiada, su espontaneidad sin rodeos llamaba, a primera vista, la atención. Ni su piedad era rebuscada ni había com-

plicaciones en su vida espiritual. La base sólida de la fe, la preservaba de exageraciones vanas y de entusiasmos pasajeros. Iba a Dios rectamente. Esta sencillez, que la colocaba sin esfuerzo, a nivel de las comunicaciones divinas, le hacía atravesar las pruebas, sin medir su extraordinario alcance, volviendo sin esfuerzo ni trabajo cuando cesaban unas y otras, al plano de la vida ordinaria.

La manera de dar cuenta de sí era la de una niña sin pretensiones. Cuando su Excelencia Monseñor de Dufort, obispo de Poitiers, la vió y conversó con ella, siempre le llamó la atención su extremada sencillez que bajo las formas de un candor ingenuo, pero respetuoso, dejaba traslucir el interior de un alma cuya mirada no buscaba más que a su Dios. Hasta el estilo y caracteres de letra de sus Notas son la expresión de un corazón sin repliegues.

La humildad y la caridad, dobles rasgos del Corazón de Jesús y que la Iglesia ha reconocido como sello distintivo de la Santa Fundadora del Instituto debían ser también señales de seguridad con que Dios marcó la virtud de Josefa.

La *humildad* añadía a su sencillez cierta madurez y seriedad. Era ella el fondo de la vista clara de su pequeñez comprobada en la verdad. Durante mucho tiempo, costaron al natural altivo de Josefa las prácticas exteriores de humildad en uso en la vida religiosa y cuyo precio conocía. Nuestro Señor permitía, sin duda, estas repugnancias para ejer-

citar así su amor en estas cosas pequeñas y para que palpando de este modo su flaqueza, se considerase Josefa como la última de todas. Límites más extensos alcanzaba esta humildad de la que son consecuencias lógicas y obligadas, el olvido de sí, el sacrificio continuo, la convicción de su propia nada, tan efectiva a veces, que en ella se apoyaron en ocasiones, las luchas que encontró en su camino, no aceptándolo sino por una sumisión heroica a la Voluntad Divina, de tal manera la suya le era opuesta por juzgarse incapaz de todo bien. La desconfianza de sí misma, el desprendimiento del propio juicio, la humilde confianza en la autoridad marcaron todos sus pasos.

La humildad de Josefa, parecía tanto más auténtica, cuanto que se expansionaba en *caridad* sobrenatural, que de día en día dilataba su corazón en el de Jesús.

Una virtud menos segura, hubiera podido autorizarse de las gracias recibidas, para apartarse de la vida común, singularizándose, complaciéndose en sí misma. Nada de esto sucedió. Cuanto más le descubría el Corazón de Jesús sus secretos y más la llenaba de su vida, más profundas eran las fuentes de caridad que abría en su alma y que brotaban al menor contacto. Ella, tan próxima del Invisible y tan sumergida en lo Divino, aparecía cada día más servicial, en medio de sus Hermanas. No ponía límites al don de sí misma, de su interés, de su oración y bien se daban cuenta de esto a su alrededor. El

mundo entero, que hubiera ella deseado ganar para Dios, había llegado a ser su horizonte habitual, pero al mismo tiempo su mirada atenta no dejaba escapar una ocasión de complacer a las que vivían a su lado. Además del mundo de las almas, de su familia religiosa, había sitio en su corazón para ese otro mundo, reflejo de la Belleza y de la Bondad de Dios que llamamos la Naturaleza: los pájaros, los insectos, las flores... el firmamento y sus estrellas... todo lo amaba, con ese afecto amplio y fuerte, cándido y sencillo que debía encantar el Corazón de su Maestro porque en Josefa todo esto era sólo la expansión de su amor hacia El.

La *obediencia* será siempre la señal entre las señales; con ella podemos decir que subraya el Señor a los que El elige con divina elección. Esta obediencia que los testigos de la vida diaria de Josefa señalan como característica suya, debía afirmarse más en el plano de acción sobrenatural en que la colocó la Voluntad de Dios. Los que comprobaron el Espíritu que la guiaba, pudieron admirar hasta qué punto llegó su perfecta sumisión de juicio y su entera docilidad de corazón. Ni un deseo, ni un apego, ni una reserva; adhesión entera y total a la línea de conducta trazada, un desasimiento completo que no le permite jamás volver sobre las gracias recibidas, con un sentimiento de complacencia. Josefa que las anotaba por obedecer y con tanta repugnancia, no pidió jamás leer estas notas. Todo lo entregaba y abandonaba a sus Superiores. El

22 de noviembre de 1920, le decía el Señor:— «Te he atraído a mi Corazón para que no respires más que para obedecer. Sabe bien, que si Yo pido una cosa y tu Madre otra, quiero mejor que la obedezcas a ella que a Mí».

La dirección que recibió exigía que no respondiese una sola vez, ni se abandonase sin permiso a las celestiales visitas. Nuestro Señor apoyaba la importancia de esta decisión y velaba para que se cumpliese:—«Ve y pide permiso»—, insistía. El mismo le explicaba hasta qué punto y con qué detalle debía de ser confiada, transparente, dócil y flexible con sus Superiores. Cuántas veces, en una u otra forma, le repetía la misma enseñanza religiosa:—«Búscame en tu Madre. Recibe sus palabras como si brotaran de mis labios. Estoy en ella para guiarte».— Josefa consideró siempre la obediencia desde este punto de vista que nos muestra la fe y así fué siempre fiel a ella.

El amor de la Regla y de la vida común debían ser como el marco a las gracias de Dios y la salvaguardia contra los lazos y las ilusiones del demonio. Este culto de la vida común y ordinaria, hubiera hecho abandonar fácilmente a Josefa, el camino trazado por su Maestro si la Voluntad de Dios no se hubiera impuesto más de una vez, triunfando de las repugnancias de la Hermana, pero estas mismas luchas probaban hasta qué punto quería ella no apartarse de la senda segura de su vida religiosa. La Regla que observó con tan delicado es-

mero, exigió de Josefa a ciertas horas un valor y una energía no sospechadas a su alrededor. Bajo las amenazas del demonio y en la incertidumbre moral de los furiosos ataques que le preparaba, en cuanto tocaba la campana llamándola a un ejercicio, Josefa se sobreponía al temor natural, todo lo afrontaba por amor y para permanecer fiel.

¿Será aún necesario añadir que la señal divina parece impresa también en la perfecta *concordancia* entre la Santa Regla, tan amada de Josefa, y las lecciones que el Corazón de Jesús le daba; entre el espíritu que las anima y el que la Santa Fundadora legó a sus hijas? Espíritu de amor y de generosidad, de reparación y de celo que debe distinguir a cada uno de los miembros de la Sociedad, marcándolos con el carácter de Esposa, de Víctima y de Apóstol. Sor Josefa, que poseía este espíritu en tan alto grado, fué arraigada en él por su Maestro Divino. A la luz de Dios juzgó que no podía establecerse punto de comparación entre todas las gracias que recibía y las de la vocación, la dirección de la obediencia y la seguridad de la Regla.

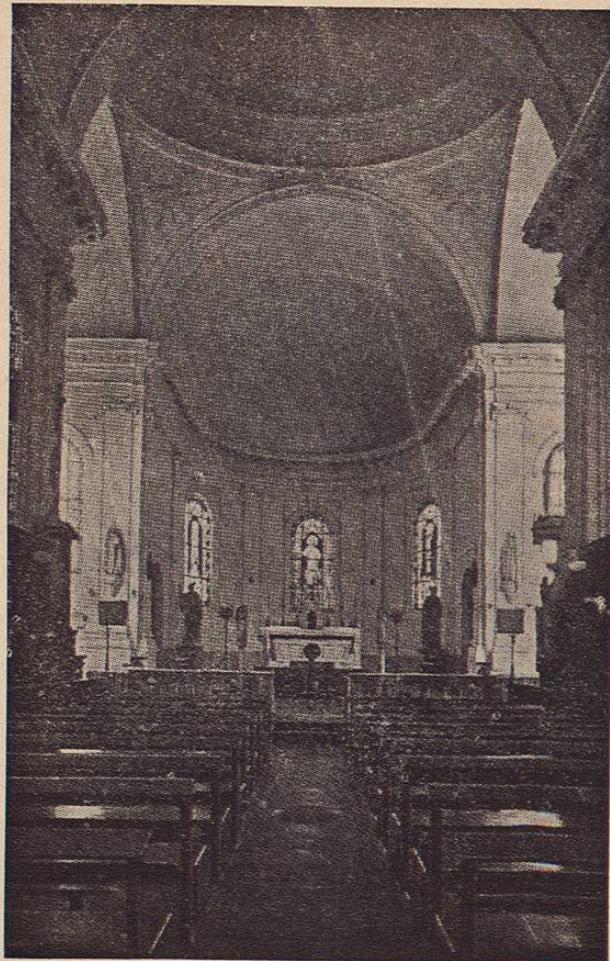
La señal prometida, la dió pues, en ella, el Señor, día tras día, hora tras hora, en el detalle de su vida religiosa, cuando el silencio se hacía en torno suyo, y que nadie sospechaba la suma de generoso amor, oculto bajo tanta obscuridad.

Más hubo horas, días y hasta meses, en los que su obediencia y espíritu de deber, su valor y su sumisión a la Voluntad de Dios, su fe y su abandono a

la conducta divina llegaron hasta el heroísmo y cuántas veces los testigos de sus luchas y de sus sufrimientos admiraron en aquella criatura tan sencilla, tan ignorante de sí misma y tan fiel, la libertad y la omnipotencia de la gracia poniendo en el Instrumento la marca de una virtud libre de engaño.

La historia de su vida iba a cerrarse, en fin, con el sello de Dios: la muerte como El se la había predicho. Anunciada la primera vez a Josefa, por la Santísima Virgen en diciembre de 1921, el tiempo y las circunstancias le fueron reveladas poco a poco por Nuestro Señor mismo. Josefa advirtió a sus Superiores bajo la afirmación de la palabra divina, que no terminaría en la tierra los últimos días del año 1923. En efecto, en la época que El había señalado y de la manera fijada por El, el Dueño de la vida y de la muerte, vino, como El *Solo* puede hacerlo, a sellar con su Divina Mano, la Obra de su Corazón!

LOS LUGARES VENERADOS «DES FEUILLANTS»

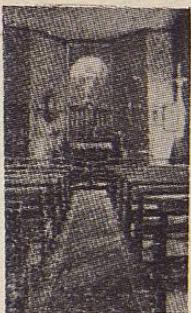


LA CAPILLA
donde Josefa tomó el hábito e hizo los votos



Sala
del Noviciado

Oratorio del que
Sor Josefa
fué sacristana.

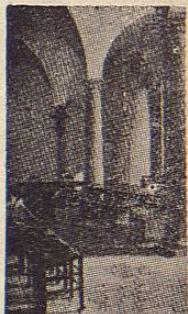
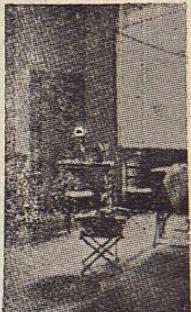


Claustro
de San Bernardo



Celda que ocupó
Sor Josefa

Taller
de Sor Josefa.



Refectorio
de las Religiosas.

LOS DESIGNIOS DE AMOR

"Yo obraré en ti.

"Yo hablaré por ti.

"Yo Me haré conocer por ti".

En cuanto Josefa Menéndez se ligó por los Santos Votos al Corazón Sagrado de Jesús, fué evidente que iba a ser entre sus manos el Instrumento de un gran Designio de Amor. Ya repetidas veces le había advertido el Señor de sus Divinos proyectos.—«A pesar de tu indignidad y miseria,—le había dicho—Me serviré de ti para realizar mis Designios».— Y concretando su pensamiento:—«Te quiero Apóstol de mi Bondad y Misericordia».— Y como Josefa temblase ante esta elección divina:—«Ama y no temas nada,—continuaba—Yo quiero lo que tú no quieres... Yo puedo lo que tú no podrás»... «Recuerda mis palabras,—proseguía otra vez—y cree en ellas. El único deseo de mi Corazón es aprisionarte en El y poseerte y después hacer de tu pequeñez y de tu fragilidad un canal de Misericordia para muchas almas que se salvarán por medio de ti... No son tus méritos los que Me inclinan a servirme de ti, pero quiero que las almas